

Javier Martínez Parra, *Amor tecnológico*



Cada día Colombia es más rica en poesía. Y en poetas. En una secreta, cruel y necesaria presencia del equilibrio, a cada muerte impropia, a cada catástrofe, a cada iniquidad, nace una palabra, un poema, un poeta que la dice, la contradice y, en cierto sentido, la repara.

Las extrañas matemáticas de la vida. Como si se tratara de una política espiritual trazada por el cielo (que en alguna parte debe existir), cada vez hay más poesía y poetas en todas partes. Publicaciones, hojas, revistas, libros, talleres, recitales, encuentros, lecturas, creación. Y los escritores, los poemas y el público no son los mismos de hace cincuenta años. Ni siquiera de hace veinte. Esto acontece exactamente en todas partes. Ciudades, pueblos, pueblitos, barrios.

El barrio ha entrado en este feliz movimiento de la cultura. Ahora en ese barrio no solo pasan o pueden pasar cosas feas a manos de alguna gente de los barrios. También están el poeta, el poema, la palabra que puede levantar la sangre y hace inclinar a una muchacha... y a un muchacho. Ellas también escriben; bien. En el barrio, ni más ni menos, habitado por humanos, está, vive la vida. Se sabe que sobra decirlo. Lo que no sobra decir es que ahora esa vida, así, múltiple, tan compleja y perpleja, ahora tiene voz propia. No tiene que llegar alguien a decirlo, aproximada.

Javier Martínez Parra es una de esas voces. Le dejamos, a quién, ¿al misterio?, revelar si quiere, cómo lo ha logrado. Cómo lo consigue. ¿Cómo logra construir un alma grande para el mundo si, en más de un sentido, cada día y cada calle y cada vida da, entrega, provee más hambre que bocado? Y, además, tiene que arreglárselas con una vida, con una historia personal.

A Javier tal vez no le importa demasiado que el poema se proponga como innovación en el proceso de la creación estética. Aunque de ello los *Poemas tecnológicos* constituyen una manifestación más que lograda. Le interesa que el poema quede, sea bien y que tenga arrestos, modos, comportamientos capaces de expresar el mundo y su presencia en él.

Javier, lo acabamos de decir, no le pone mucho cuidado a lo que dicen algunos manuales y personas acerca de la creación. Prefiere que el poema sea una palabra sin

concesiones pero agradecida, abierta, reveladora, amorosa, de bondad, que lo sustenta. Además, conviene evidenciar un rasgo, otro rasgo de sus poemas, es decir, de su naturaleza humana: el humor, abierto o a punto de estallar. Es cosa de detenerse un poco para que estalle y libere al mundo, al lector. Seguro que con el autor ya lo hizo. Seguramente, entre otras circunstancias, esta debe ser una que ha hecho del autor una persona capaz de la bondad, risa y solidaridad. El rasgo se hace notorio debido a

que circula desde el autor y sus poemas en un país tan serio, tan creído en su yo, ¿cuál?, como este.

Javier se asoma al mundo como todos los autores. Desde su barrio. Desde el barrio tan particular de su corazón. Él, poeta, habrá sabido que aquello necesario, la conexión del individuo con el mundo, había que hacerlo antes o en medio de la palabra dura, bondadosa y amable del poema. ■

JOAQUÍN PEÑA GUTIÉRREZ